

# Las treguas de Navidad de 1914 y el acotamiento efímero de la otredad

**Diego Castelfranco**

Doctorando en UNGS-IDES/Becario CONICET – dcastelfranco@gmail.com

*Era una risa tan sana que se comunicó espontáneamente a las filas francesas. Parecía que después de esto era preciso desmontar los fusiles, hacer estallar los cartuchos y que cada cual se volviera cuanto antes a su casa.*

*Pero los fusiles quedaron cargados; las troneras de las fortificaciones seguían mirando tan amenazadoras como antes, y los cañones, quitados de los avantrenes, estaban emplazados unos frente a otros.*

**León Nikolaievich Tolstoi**  
**La Guerra y la Paz**

Se puede afirmar que un escenario de guerra a la vez presupone y necesita cierto grado de diferenciación entre dos contendientes que reconozcan su mutua otredad. Es también evidente, por otro lado, que esta producción de grupos recíprocamente excluyentes puede tomar una muy amplia variedad de formas e intensidades: en este sentido, es muy distinta la situación que manifiesta el enfrentamiento entre dos ejércitos de mercenarios, cuya única línea de separación puede estar representada por la diferencia entre las fuentes de las que emana su paga, con respecto a dos fuerzas compuestas por soldados que ven, los unos en los otros, una encarnación de todo aquello que es "anti-humano".

A raíz de dicho requerimiento fundamental en todo escenario bélico, las treguas de Navidad de 1914 emergen como fenómenos profundamente intrigantes en los que esta distancia, al menos brevemente, parece haberse quebrado. A pesar del fuerte bombardeo propagandístico soportado tanto por los soldados alemanes como por los ingleses, entre quienes se produjeron los acercamientos más intensos, una enorme cantidad de unos y otros parecen haber sido capaces de vencer –o al menos de olvidar por un momento– la idea de que frente a ellos se erguía el feroz enemigo de su patria, pudiendo compartir el reconocimiento de su mutua semejanza. Emergen entonces algunas

preguntas, de las que en este trabajo se abordarán fundamentalmente las que siguen: ¿cuáles fueron las condiciones que posibilitaron este "acotamiento de la otredad"?; ¿cómo debe comprenderse este episodio en los términos de los propios soldados que participaron de las treguas?, y, vinculado a esto último, ¿cómo es posible pensar el retorno al combate luego de que la distancia con el enemigo se viera bruscamente cercenada?

## El enemigo como construcción abstracta

Según Glenn Gray, "El objetivo básico de una nación en guerra al establecer una imagen del enemigo es distinguir del modo más tajante posible entre el acto de matar y el de asesinar, construyendo al primero como merecedor de todo honor y alabanza" (Gray, 1970: 131). Es con este fin que los Estados movilizan enormes cantidades de recursos para intentar ahondar lo más posible la brecha que separa a amigos de enemigos. Los contextos de guerra promueven, así, el crecimiento de un "odio abstracto" que implica definir al enemigo prestando atención a unas pocas características fuertemente sobredimensionadas. Al mismo tiempo, esta abstracción permite conceptualizar al contrincante como enemigo absoluto, el reflejo exactamente invertido de los propios

valores y de la propia forma de percibir el mundo. Citando a Gray una vez más,

“El odio que se desarrolla por el enemigo en tiempo de guerra [...] es peculiarmente unidimensional, porque es una imagen marcada por el miedo. El enemigo no es un hombre o mujer individual, sino un poder hostil abocado a destruir nuestras vidas y a nuestra gente” (Gray, 1970: 135).

La Primera Guerra Mundial, introduciendo en los conflictos bélicos las nociones de guerra y movilización “totales”, profundizó radicalmente este escenario, dado que no eran ya sólo los soldados quienes debían participar del esfuerzo de guerra, sino el conjunto de la nación. Malcolm Brown y Shirley Seaton, por ejemplo, consideran particularmente extraordinarias las treguas de Navidad de 1914 si se las observa a la luz del estallido de odio nacionalista en que se enmarcaron. La prensa británica presentaba una imagen de los alemanes que, muy de acuerdo con el concepto de “odio abstracto” sostenido por Gray, los asimilaba a bárbaros sanguinarios, cristalizando dicha imagen con particular intensidad en su representación como guerreros hunos. En esta misma línea, los alemanes dieron vida a un amplio proceso propagandístico uno de cuyos objetivos centrales era insuflar el odio contra Inglaterra. El ejemplo más claro de esto posiblemente sea el muy publicitado “Himno del odio”, en el que se situaba a los británicos como depositarios privilegiados del desprecio alemán (Brown y Seaton, 1994: 1-8).

George Mosse, analizando las actitudes de los voluntarios que se alistaron en 1914 –y en particular de aquellos con un mayor capital cultural, que serían quienes en cierto modo determinarían la imagen idealizada del soldado-, pone de manifiesto el ánimo sin dudas exacerbado de muchos combatientes que partían hacia el frente. Y, aunque fueron muchos los factores que se aunaron para producir dicho espíritu, un nacionalismo casi omnipresente se constituyó como el cemento que mantuvo las piezas unidas. En sus palabras:

“La regeneración personal –significando una infusión de vigor, energía y entusiasmo- fue importante para aquellos que respondieron al llamado de las armas, pero, como fue el caso de los voluntarios

más tempranos, la regeneración personal y nacional eran usualmente inseparables. [...]...en los días de Agosto, la nación parecía actuar con una única voz, corazón y alma –una realidad fragmentada había dado lugar a una verdadera comunidad nacional” (Mosse, 1990: 64).

En cualquier caso, es preciso enfatizar el hecho de que este “odio abstracto”, a pesar del fuerte nacionalismo que imperaba, no alcanzó las dimensiones extremas que revestiría en algunos escenarios durante la Segunda Guerra Mundial. La percepción de los soldados enemigos, aunque teñida de desprecio, no implicaba una negación de su humanidad; el enemigo nunca perdió del todo sus rasgos humanos, aunque los manifestara de un modo quizá deformado. La posibilidad de pactar una tregua entre combatientes que, más allá de la particular coyuntura en que se encontraban, eran capaces de reconocerse los unos a los otros en un cierto plano de igualdad, sería mucho más difícil en circunstancias diferentes. Esto resulta cierto, por ejemplo, para el enfrentamiento entre Japón y Estados Unidos desde 1941 a 1945. Según John Dower, en dicho escenario el combate se desarrolló de un modo particularmente brutal, como consecuencia de la centralidad que cobraron los elementos ideológicos y sobre todo raciales en la forma de percibir al enemigo. De este modo, “La deshumanización del Otro contribuyó inconmensurablemente a la distancia psicológica que facilita el asesinato...”, lo cual dio vida a un tipo de conflicto que puede caracterizarse como “guerra sin piedad” (1993: 10-11)<sup>1</sup>.

La brecha entre los soldados contendientes a lo largo del frente occidental en 1914, aunque honda, no era de ningún modo absoluta. También es cierto, según lo establecen Brown y Seaton, que en su mayoría las treguas se produjeron entre británicos y alemanes, dado que la ocupación de sus territorios por parte del enemigo generaba una disposición mucho menos favorable de parte de belgas y franceses. La ausencia de conflictos raciales o ideológicos de carácter “total” no es suficiente, sin embargo, para explicar cómo estos armisticios informales pudieron tener lugar. Es necesario, entonces, prestar atención al contexto más inmediato en que

<sup>1</sup> Traducción propia.

éstos se produjeron.

## El contexto de las treguas: la guerra de trincheras se ilumina en Navidad

Como muestran Brown y Seaton, el escenario casi inaudito del atrincheramiento, que puso a "dos ejércitos inmensos sentados y mirándose uno al otro", se convirtió en un factor fundamental para el desarrollo de las treguas. Ya antes de Navidad, de hecho, algunos acuerdos tácitos habían comenzado a emerger entre ambos bandos en distintas regiones, y es indudable que las posibilidades comunicativas permitidas por la proximidad de las trincheras son fundamentales para comprenderlas. Pueden mencionarse ejemplos de pequeñas treguas en la hora del desayuno, intercambios de objetos, conversaciones (1994: 27-30). Sin embargo, según estos autores, el fenómeno más interesante era el de las "competencias de tiro", en las cuales uno u otro bando desplegaban algún tipo de blanco con el cual se ponía a prueba la puntería del enemigo. Comentando sobre esto, Brown y Seaton afirman que: "Dichas actividades deberían ser vistas como meras diversiones ociosas. Claramente apelaban a los instintos deportivos de los participantes, durante un tiempo en el cual la guerra era extensamente contemplada como una forma de deporte, si bien una con apuestas particularmente elevadas" (1994: 31).

Aunque podría objetarse que los autores no presentan suficiente evidencia para sostener dicho argumento a gran escala, resulta de todos modos interesante porque se ubica en una línea similar a la que demarcan otros analistas de la guerra. Tanto Glenn Gray como Johan Huizinga, aunque partiendo de construcciones teóricas muy diferentes, refieren a una cierta visión de la guerra como un juego. Gray enmarca esta mirada en una tradición enraizada en los soldados profesionales, capaces de ver en todo militar a un camarada en armas –aunque en una circunstancia puntual puedan encontrarse enfrentados-. De este modo, una batalla puede convertirse en el juego por excelencia,

en el que dos oponentes de la misma altura miden sus aptitudes y capacidades (1970: 142-143). Huizinga, por su parte, afirma que "Cualquier lucha vinculada a reglas limitadoras porta ya, por este ordenamiento regulado, los rasgos esenciales del juego, y se muestra como una forma de juego intensa, enérgica y muy clara" (1968: 135).

Es muy interesante, por otro lado, que ambos autores ven el mundo inaugurado por la modernidad como profundamente reñido con esta conceptualización de la guerra como juego. Del mismo modo que para Huizinga la teoría de la guerra total renuncia al último resto de lo lúdico que quedaba en ella, dado que el enemigo comienza a verse como un ente no-humano y las barreras que separan el espacio de la guerra del de la paz se desmoronan, Gray considera que el carácter cada vez más totalitario de los conflictos armados contemporáneos conduce a que no pueda existir ningún tipo de acercamiento empático al adversario.

En vista de los cuasi-encuentros antes mencionados entre los ejércitos contendientes, parece difícil sostener esta imagen de completa ruptura de normas compartidas y de lo lúdico en el caso del frente occidental durante la Primera Guerra Mundial, o al menos durante los inicios de ésta. Y, como último factor que puede ayudar a comprender dicho escenario, se puede recurrir una vez más al análisis que Gray realiza de la experiencia de guerra. Dicho autor enfatiza la relevancia que puede tener el acercamiento físico entre los enemigos como herramienta para desarticular las aristas más extremas del "odio abstracto". Esto se ve ilustrado, por ejemplo, en el caso de los prisioneros: "El soldado que ha tomado, o fue él mismo hecho, un prisionero de guerra será inevitablemente un hombre y un luchador cambiado. Su contendiente se le muestra como alguien comprensible y conformado por la misma sustancia, al menos externamente, de la que él mismo está constituido" (Gray, 1970: 137). La guerra de trincheras, sin dudas, era particularmente propicia para este tipo de acercamientos y, según Brown y Seaton, parece haber permeado el frente de una cierta filosofía basada en el lema de "vivir y dejar vivir" (1994: 35).

El advenimiento de la Navidad parece haber profundizado estas tendencias. Por un lado dicha festividad fue esperada con gran expectativa por los soldados, y tanto éstos como los funcionarios y los civiles deseaban que los combatientes pudieran gozar de una jornada lo más "normal" que fuera posible. Con ese fin se enviaron millones de regalos al frente, tanto de familiares como de las autoridades del gobierno y miembros de las distintas familias reales, lo que aseguró que el día de Navidad no faltaran productos capaces de horadar la monótona rutina gastronómica de los soldados, además de permitir un abundante suministro de tabaco, elemento primordial dentro de los consumos en el frente. Sumado a esto, el gobierno alemán enviaría una enorme cantidad de árboles de Navidad para decorar las trincheras (Brown y Seaton, 1994: 38 y 40). No hay dudas de que este evento debía generar cierta expectativa entre los combatientes, prometiendo descomprimir el tono monocorde que el conflicto había tomado a lo largo del mes anterior.

De hecho, es interesante destacar que se produjera un llamado formal por parte del papa Benedicto XV para la realización de un armisticio navideño en todos los frentes. Aunque las autoridades alemanas expresaron la voluntad de ceñirse a dicho plan, bajo la condición de que los restantes ejércitos otorgaran también su aprobación, las otras potencias involucradas en el conflicto no respondieron a la convocatoria con el mismo beneplácito (Ibid: 37)<sup>2</sup>. De todos modos, el componente religioso resulta difícilmente soslayable en este contexto: el cristianismo actuaba como un sustrato común que unía al conjunto de los ejércitos del frente occidental, y el advenimiento de la Navidad parece haber actuado como un espacio en el que se condensó –entre muchas otras cosas– una cierta espiritualidad cristiana. Por ejemplo, los servicios religiosos compartidos por combatientes ingleses y alemanes son citados en distintas cartas de soldados como uno de los elementos que afectaron con mayor emotividad a quienes participaron de dichos acontecimientos<sup>3</sup>. Brown y Seaton mencionan

el caso de una misa conjunto celebrada en honor a los combatientes caídos de ambos bandos, y destacan la intensidad sentimental del momento. Como escribía uno de los participantes en una carta: "oficiales y soldados, enemigos acérrimos como eran, se descubrieron, reverentes, y por el momento se unieron en la ofrenda para sus muertos de los últimos oficios de homenaje y honor" (Ibid: 90).

A partir de lo todo lo anterior, puede comenzar a comprenderse la profunda relevancia del plano emocional para abordar el episodio de las treguas. Como breve digresión, y a pesar de que no tendría sentido reconstruir exhaustivamente la trayectoria recorrida por el estudio de las emociones bajo la óptica de las ciencias sociales, puede al menos afirmarse, siguiendo a Jonathan H. Turner, que la sociología incorporó a las emociones como objeto de estudio sistemático tan tardíamente como en la década de 1970, pero que dicha área no dejó de crecer desde entonces (Stets y Turner, 2006: 1). En este sentido, y a pesar de ser sólo un lineamiento entre muchos otros que intentan teorizar sobre la dinámica de las emociones, puede resultar de particular interés recuperar aquí la perspectiva que realiza un estudio de las emociones a partir de sus componentes culturales, que hunde sus raíces en los trabajos de Erving Goffman y Arlie Hochschild –aunque ambos autores siguieran direcciones relativamente disímiles–.

De acuerdo con Gretchen Peterson<sup>4</sup>, la línea de de Hochschild fue retomada y profundizada por Steven Gordon, que investigó la centralidad poseída por la "cultura emocional" a la hora de procesar los estímulos emocionales primarios. Esta "cultura emocional", según Gordon, se encuentra conformada tripartitamente por un vocabulario emocional, creencias emocionales y normas emocionales, que se constituyen como un prisma a través del cual los sujetos pueden interpretar y vivenciar su propia emocionalidad. Tomados en conjunto, estos elementos delimitan tanto el modo en que las emociones son "sentidas" como el modo en

<sup>2</sup> Resulta interesante, a raíz de esto, que en su mayor parte la iniciativa para llevar adelante las treguas se encontrara en manos de soldados alemanes.

<sup>3</sup> Aunque no parece haber prácticamente investigación a este respecto, no es irrelevante formular la pregunta de

cómo se habrán desarrollado las festividades navideñas en el frente italiano-austrohúngaro, en el que la mayor parte de los soldados eran católicos.

<sup>4</sup> PETERSON, Gretchen, "Cultural Theory and Emotions", en STETS y TURNER, *op. cit.*

que pueden expresarse.

Recuperando ese mínimo enmarcamiento teórico, es difícil dudar que los soldados británicos y alemanes compartían, al menos vagamente, un conjunto de esquemas culturales vinculados al modo en que procesaban las emociones, y sobre todo en el plano de la experiencia religiosa. En este sentido, resulta muy llamativo cómo en muchos de los casos los contendientes hacen mención a dos elementos fundamentales que sirvieron como puente entre ellos: el alumbramiento de los árboles de Navidad en las trincheras alemanas y el canto. Con respecto al primero, antes se mencionó que las autoridades imperiales habían enviado una enorme cantidad de dichos adornos al frente para permitir a los combatientes gozar de unos festejos navideños que se aproximaran lo más posible a una cierta "normalidad". Y en la noche del 23 de diciembre, cuando las trincheras alemanas se vieron inundadas de árboles navideños iluminados, esto parece haber generado un efecto muy fuerte sobre los soldados británicos repentinamente enfrentados a dicho espectáculo. Según el testimonio de uno de ellos:

"Entonces de repente luces empezaron a aparecer a lo largo del parapeto alemán, que eran evidentemente árboles de navidad improvisados, adornados con velas, que ardían ininterrumpidamente en el calmo, gélido aire! Otros centinelas habían, por supuesto, visto la misma cosa, y rápidamente despertaron a aquellos de servicio, dormidos en los refugios, para 'venir y ver esta cosa que había ocurrido'" (citado en Brown y Seaton, 1994: 58).

Algo muy semejante puede decirse del canto, que en muchos casos fue el elemento fundamental que permitió abrir un espacio a partir del cual ambos bandos pudieron comunicarse. Fueran iniciadas por ingleses o alemanes -y esto incluso parece haber ocurrido, según Brown y Seaton, en el frente ocupado por belgas y franceses-, las rondas de canciones generaban casi siempre una respuesta en la cercana trinchera enemiga: era recibida con aplausos o con un improvisado intercambio de cantos. Tiene sentido, para ilustrar esto, recuperar el

testimonio del soldado que antes se citó:

"Entonces nuestros oponentes empezaron a cantar '*Stille Nacht, Heilige Nacht*'. Esa fue de hecho la primera vez que escuché ese villancico, que no era tan popular en este país como lo es ahora. Terminaron el villancico y nosotros pensamos que debíamos replicar de algún modo, así que cantamos '*The First Nowell*', y cuando terminamos nos empezaron a aplaudir; y después desplegaron otra favorita de ellos, '*O Tannenbaum*'. Y así siguió. Primero los alemanes cantarían uno de sus villancicos, y después nosotros cantaríamos uno de los nuestros, hasta que empezamos con '*O Come All Ye Faithful*' y los alemanes inmediatamente se unieron cantando el mismo himno con las palabras latinas '*Adeste Fideles*'. Y yo pensé. Bueno, ésta fue una cosa realmente extraordinaria - dos naciones cantando los mismos villancicos en medio de la guerra" (citado en Brown y Seaton, 1994: 58-59).

Todo este conjunto de factores, algunos más estructurales y otros más coyunturales, derivó finalmente en el desarrollo de una serie de treguas informales que no se repetirían otra vez en la guerra, y que posiblemente revistieran dimensiones sin precedentes históricos. Ahora resta atender a la pregunta de qué significaron estos eventos para quienes los protagonizaron, y si cambiaron de algún modo su percepción del conflicto bélico en el que se encontraban envueltos.

## Las treguas y el acotamiento de la otredad

No era extraño, la noche del 23 y durante el día de Navidad, que en la tierra de nadie que separaba las trincheras inglesas de las alemanas se vieran grupos mixtos de soldados fraternizando. Los armisticios informales que durante esos días se produjeron no se vieron reducidos al elemento quizá más convencional de permitir un cese de las hostilidades para enterrar a los muertos, sino que implicaron una verdadera instancia de socialización y reconocimiento entre los contendientes. Hubo intercambios y regalos de tabaco, comida, fotos y equipo

militar, los cuales serían conservados como recuerdo del episodio, que se vieron acompañados por la instauración de lazos de buena voluntad entre enemigo y enemigo e incluso por promesas de reencuentros futuros (Brown y Seaton, 1994: 123).

Como puede extraerse de lo anterior, entre los soldados que fraternizaron ya no era posible la existencia de un "odio abstracto" como el que describe Gray. Luego de encontrarse físicamente y reconocerse como iguales, los soldados ya no podían confiar en ninguna imagen que identificara al enemigo como un ser despreciable, sobre el cual recaía toda culpa por la guerra. Esto de ningún modo significó, sin embargo, que los combatientes de ambos bandos involucrados en las treguas desertaran masivamente o iniciaran algún tipo de protesta contra la futilidad de la guerra. Lo máximo que puede encontrarse son lamentaciones resignadas o incluso indignadas de soldados que no parecen encontrarle sentido al conflicto, pero que de cualquier modo parecen estar absorbidos por un cierto espíritu de fatalidad. Un ejemplo de esto puede observarse en el relato que realiza un británico de la conversación que sostuvo con un alemán durante estos eventos:

"Me preguntó por qué estábamos en guerra, y yo le dije que mejor le preguntara a Willum. Me dijo que tenía tantos amigos en Inglaterra y Francia como en Alemania y preguntó por qué debería estar luchando contra sus amigos y sus amigos deberían estar luchando contra él. Preferiría estar jugando un partido de fútbol que esto" (citado en Brown y Seaton, 1994: 102).

Pero las palabras que quizá mejor resuman el espíritu de los soldados que participaron de las treguas sean las que un soldado alemán profirió ante otro británico cuando se estaban despidiendo: "Hoy tenemos paz. Mañana tú peleas por tu país, yo peleo por el mío -buena suerte" (Ibid: 140).

A partir de lo anterior emerge, casi violentamente, la pregunta de cómo es posible que un individuo pueda realizar esa división tan tajante entre el momento de la amistad y el momento de la guerra, entre la persona que está frente a ella como *igual* y como *enemiga*. Porque, aunque los

armisticios informales fueran más o menos extensos, finalmente la guerra siguió su curso, y su huella fue borrada por el oleaje de combates cada vez más brutales. James McPherson, en un estudio sobre combatientes de la Guerra Civil Norteamericana, concluye que dos elementos juegan un papel fundamental en el hecho de que los soldados efectivamente se arrojen al fragor de la batalla: la presión de sus camaradas -que fue, según dice, el elemento en que se enfocó por mucho tiempo la teoría sobre la guerra en Estados Unidos- y el convencimiento de la corrección de una cierta causa (1997: 77-103). Sin embargo, a pesar de que estos son elementos sin dudas fundamentales que actúan sobre la mente del soldado, McPherson en parte olvida una dimensión más estructural de coerción -convertida en auto-coerción-, que juega un papel fundamental.

Uno de los autores que mejor da cuenta de esto último es Christopher Browning (2002), cuando escribe sobre un batallón de policía alemán devenido en ejecutor de judíos. Browning acepta que la responsabilidad sentida hacia el grupo inmediato haya jugado un papel fundamental en el hecho de que un conjunto de hombres ordinarios se convirtieran en asesinos. Por otro lado, y elaborando su argumento a partir de una relectura de los experimentos llevados a cabo por Stanley Milgram<sup>5</sup>, enfatiza también el poder que ejerce una autoridad en la que se confía sobre la voluntad de un individuo. De este modo, y aunque el sujeto pueda no estar personalmente convencido de las órdenes que recibe, a la vez se sostiene y se esconde sobre una estructura de poder que le indica que está haciendo lo correcto.

De este modo, incluso si la otredad del enemigo se ve, como en este caso, reducida a casi nada, eso no implica que los combates vayan a cesar. Eso sólo podría ocurrir si la autoridad superior se resquebraja (material y sobre todo simbólicamente), y el grupo primario al que pertenece el combatiente fuera capaz de convertirse en puntal para

---

<sup>5</sup> Estos fueron una serie de pruebas de psicología social llevadas a cabo por Stanley Milgram, psicólogo en la Universidad de Yale, en la década de 1960. El objetivo propuesto fue medir la disposición de un participante para obedecer las órdenes de una autoridad aun cuando éstas pudieran entrar en conflicto con su conciencia personal.

fomentar un sentimiento de rebelión.

## Reflexiones finales

¿Fueron las treguas de Navidad algo excepcional? Hasta cierto punto podría responderse afirmativamente, dado que un amplio conjunto de factores fueron necesarios para que tuvieran lugar. El contexto navideño obviamente no es suficiente para explicar los acontecimientos, aunque sea un elemento necesario; es preciso también considerar la centralidad que tuvo el formato de la guerra de trincheras, al poner a los ejércitos contendientes tan cerca unos de otros, y el hecho de que, a pesar de la enemistad, los soldados no vieran en sus contrapartes a seres prácticamente desprovistos de humanidad, como fue el caso en el escenario del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

Que esta enorme cantidad de armisticios informales ocurriera, entonces, puede ser considerado como algo extraordinario en el sentido de que requirió que muchas piezas encajaran para producirse, y por lo tanto es difícil imaginar que sea un fenómeno común. Por otro lado, sin embargo, también puede verse a estas treguas como acontecimientos que no tuvieran la más mínima relevancia ni para la

guerra en general ni para las trayectorias de guerra de los soldados que participaron de ellas. Obviamente esto es una exageración, porque es difícil dilucidar en qué medida el haber dado un apretón de manos a un alemán en la tierra de nadie puede haber modificado la conciencia sobre la guerra de un determinado soldado inglés. Lo que sí parece seguro es que ninguno de los participantes expresó en ningún momento la voluntad, a partir de haberse visto cara a cara con el enemigo, de abandonar la lucha como consecuencia de ello.

Para cerrar el trabajo puede tener sentido referir una vez más al trabajo de Huizinga. Según éste, "El jugador que infringe las reglas o se sustrae a ellas es un 'aguafiestas'. [...] Al sustraerse al juego revela la relatividad y fragilidad del mundo lúdico en que se había encerrado con otros por un tiempo" (1968: 26). Pero ninguno de los participantes de las treguas de Navidad parece haber actuado como un "aguafiestas", nadie señaló que, dado que era mucho más lo que los unía que lo que los separaba, hacerse la guerra entre ellos era un contrasentido. Sólo descansaron un momento y, después de un saludo fraterno, volvieron a calzar las bayonetas.

## Bibliografía

- Brown, Malcolm y Seaton, Shirley (1994), *Christmas Truce. The Western Front. December 1914*, Papermac, Cambridge.
- Browning, Christopher (2002), *Aquellos hombres grises: El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Buenos Aires, Edhasa.
- Dower, John (1993), *War without mercy. Race and power in the Pacific War*, New York, Pantheon Books.
- Goodwin, Jeff y Jasper, James (2007), "Emotions and social movements", en *Handbook of the Sociology of Emotions*, Nueva York, Springer.
- Gray, Glenn (1970), *The Warriors, Reflections on men in battle*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Huizinga, Johan (1968), *Homo Ludens*, Buenos Aires, Emecé.
- McPherson, James (1997), *For cause and comrades*, New York, OUP.
- Mosse, George, *Fallen Soldiers*, Oxford, OUA.